

La duda más hermosa

José Luis Gordillo

La actividad del movimiento antiguerra en 2004 fue menor en comparación con la impulsada en 2003, como no podía ser de otra manera dado el carácter excepcional de la misma. Esto no se debió, sin embargo, a un vuelco espectacular de la opinión pública mundial; todo lo contrario: la amplísima corriente de opinión opuesta a las políticas imperialistas de los Estados Unidos se ha consolidado y ampliado, en especial a la vista de las desastrosas consecuencias de la ocupación de Iraq y del callejón sin salida en el que se encuentra el conflicto árabe-israelí. De hecho, lo sucedido a lo largo de 2004 no ha hecho más que dar la razón al movimiento opuesto al imperialismo norteamericano.

El 20 de marzo (primer aniversario del inicio de la invasión) y de nuevo a propuesta del Foro Social Mundial, se celebraron más de 375 manifestaciones en otras tantas ciudades de los 5 continentes. Según la prensa, a ellas asistieron más de 1 millón de personas (El Periódico de Catalunya, 21-3-2004). Fue, sin lugar a dudas, el día del año en que la movilización antibélica alcanzó su punto más álgido, el cual, no obstante, estuvo precedido y seguido por una multitud de actos de protesta de carácter más local y descentralizado. Éstos incluyeron campañas de boicot a las empresas que pretenden sacar tajada en Iraq, concentraciones ante las embajadas y los consulados de Estados Unidos, así como las manifestaciones contra la presencia de Bush en Europa (en especial, las que se celebraron en Grecia en junio) o las convocadas en Bombay y en Londres con motivo de la celebración del Foro Social Mundial y del Foro Social Europeo respectivamente.

En España, la movilización del 20 de marzo (que se materializó en 21 manifestaciones en otras tantas ciudades) estuvo precedida por diversas concentraciones llevadas a cabo el 15 de febrero y por las manifestaciones de repulsa a los atentados del 11-M en las que también estuvieron presentes los lemas, las pancartas y las consignas del movimiento antiguerra.

No obstante, lo más relevante que se puede asociar a la actividad del movimiento por la paz en el año 2004 no tiene tanto que ver con su capacidad de convocar manifestaciones multitudinarias, sino con el hecho de haber demostrado en la práctica que ha sido y es un actor influyente en la escena pública. Si 2003 pasó a la historia como el año de la movilización mundial contra la guerra y el imperialismo, 2004 ha sido, sobre todo, el año en el que se han hecho tangibles algunos de sus frutos políticos. Eso ha sido así en especial en España, pero también en Gran Bretaña y en los propios Estados Unidos.

La revuelta cívica de marzo

Tras la matanza del 11 de marzo en Madrid, muchos «creadores de opinión» se enzarzaron en una discusión acerca de su influencia en los resultados de las elecciones generales del 14 de marzo. De ese debate llama la atención la valoración que hacen unos y otros de la movilización ciudadana del día 13. Para unos, se trató de la mera aplicación de un plan urdido por el PSOE para ganar las elecciones y, en todo caso, una muestra de «cobardía» ante el «terrorismo». Para otros, más «ecuanímenes», fue el resultado de una apasionada indignación que se puede entender e incluso justificar.

Muchos parecen pasar por alto que la brutal masacre, en sí misma, no predeterminaba nada y que podía, de hecho, servir tanto para favorecer como para impedir una victoria electoral del partido del gobierno. Todo dependía de la interpretación que prevaleciese sobre la autoría y el sentido de los atentados. Y eso, a su vez, tenía que ver con las valoraciones y las tomas de posición adoptadas con anterioridad. El gobierno español era muy consciente de ello. Por eso intenta —literalmente— echarle los muertos a ETA y confundir sobre la pista verdadera, la islámica, sabiendo que si no lo consigue va a perder las elecciones, pero ¿por qué las puede perder? Pues debido a la amplísima corriente de opinión opuesta a la participación de España en la guerra de Iraq, a la autoría islámica y a la interpretación derivada de todo ello, que llevaba a valorar esos atentados como una represalia por el apoyo político y militar dado a Bush por Aznar.

Hay datos interesantes y poco divulgados que conviene recordar. Según una encuesta Gallup (ver:www.gallup.es/encu/pol_gob_Irak_feb04), elaborada entre el 2 y el 20 de febrero de 2004, el rechazo a la política gubernamental sobre Iraq había aumentado en más de 6 puntos desde octubre de 2003, pasando del 74,3% al 80,9%. A pocas semanas de las elecciones, en esta cuestión el gobierno únicamente contaba con el apoyo del 8,6% de la población (el resto que falta para sumar 100, no sabía, no contestaba), lo que también significaba que había perdido casi la mitad del escaso apoyo que tenía 4 meses antes. Eso afectaba de forma particular a su propio electorado: el 54% se mostraba abiertamente contrario a ese aspecto de su política y sólo le parecía aceptable al 18,9% (en octubre todavía se lo parecía a un 33,8%). La evidencia de las mentiras de la propaganda bélica y el hecho de que la ocupación hubiese desencadenado una guerra de guerrillas anticolonial, le estaban pasando factura al partido del gobierno incluso entre su base electoral más fiel y entusiasta. Por consiguiente, cualquier mala noticia que procediera o tuviera relación con Iraq podía afectar negativamente a sus perspectivas electorales. Y la mala noticia fue nada menos que la mayor masacre de civiles padecida desde la Guerra Civil.

El otro elemento que hay que traer a colación es que la posibilidad de una nueva mayoría absoluta del PP se estaba alejando, durante la semana anterior a los atentados, a la misma velocidad con la que el PSOE se estaba acercando a una mayoría relativa. En la víspera del 11 de marzo, el resultado de la competición entre ambos partidos estaba muy cerca del empate (ver «14-M, terrorismo y democracia» de J. R. Montero e I. Lago en El País, 29-12-04).

Ambas cosas explican el pánico y la consiguiente precipitación del gobierno. Con todo, la operación de manipulación gubernamental hubiera podido tener éxito si no se hubiera dado de bruces con la actitud crítica de algunos (pocos) medios de comunicación y, sobre todo, con la rebelión cívica de miles y miles de personas.

Nuevamente cabe decir que las meras informaciones por sí solas no determinaban nada. El viernes 12 ya se habían difundido datos que permitían pensar que ETA no era la responsable de la masacre y que la pista más fiable era la islámica. Esos datos, sin embargo, no evidenciaban la manipulación orquestada por el gobierno ni tampoco el carácter escandaloso de la misma. De esto último, millones y millones de personas sólo empezaron a ser conscientes cuando vieron por la televisión a miles de manifestantes concentrados ante las sedes del PP. Fue entonces cuando la mayoría de la población comprendió que el gobierno había situado al país al borde del abismo.

Si este régimen político hubiera propiciado una verdadera cultura democrática, los manifestantes que gritaron en las manifestaciones del 12 y 13 de marzo «¿Quién ha sido?», «Nuestros muertos, vuestras guerras» o «Antes de ir a votar, queremos la verdad», deberían ser recordados como unos ciudadanos modélicos. Sin embargo hasta hoy se ha impuesto otra valoración que más bien los presenta como su antítesis. Aceptando de forma tácita la equiparación entre «jornada de reflexión» y «estado de sitio o de excepción», se da por supuesto que el día 13 todos los derechos fundamentales estaban suspendidos y que, por lo tanto, era «ilegal» ejercer el derecho de reunión ante las sedes del PP. Eso equivale a sostener que era «ilegal» ejercer un derecho fundamental cuando más fundamental era hacerlo para evitar la pérdida absoluta de legitimidad de las elecciones del día siguiente. Dejando de lado que lo único que estaba prohibido el día 13 era la propaganda electoral a favor o en contra de algún partido o candidato en concreto, ¿qué hubiera pasado si el PP hubiese ganado las elecciones gracias a la manipulación informativa?, ¿qué le hubiera pasado al sistema político en su conjunto cuando todo el mundo hubiese tomado conciencia, en los días posteriores a las elecciones, de las dimensiones y las consecuencias del fraude perpetrado por el gobierno?

Muchos de los actos de pacífica rebeldía (los manifestantes se comportaron en todo momento de forma exquisitamente no violenta) fueron espontáneos. En muchas ciudades, las plataformas antiguerra no fueron las que convocaron ni las canceladas, ni las concentraciones ante las sedes del PP, ni los abucheos a sus dirigentes en las manifestaciones del 12 de marzo. La influencia en esas acciones de los núcleos impulsores de los movimientos sociales fue más bien indirecta y difusa. Como consecuencia de todo el ciclo de movilizaciones —que, recordemos, incluyó también una huelga general— iniciado hacia el 2000 y cuya culminación fueron las grandes manifestaciones contra la guerra, millones de personas habían recuperado el gusto por hacer valer sus derechos en la calle. Eso fue así sobre todo para la gente más joven, para la cual esta fue su primera experiencia de ciudadanía activa. En este contexto, los grupos impulsores y catalizadores de los movimientos cívicos cumplieron una función pedagógica de educadores sociales, pero no de «vanguardia leninista». Todo lo cual también muestra que una sociedad habituada a la acción colectiva es capaz de responder de forma espontánea a un abuso de poder, mientras que una sociedad desmovilizada no.

Elecciones y retirada de las tropas

La trascendencia de las movilizaciones realizadas hasta entonces también se pudo comprobar con posterioridad a las elecciones. Estas no las ganó el PSOE, sino que las perdió Aznar y su partido. En las semanas previas al 14 de marzo se palpaba en el ambiente el temor generalizado a otros 4 años de gobierno del PP, pero lo que no se percibía, sin embargo, era un gran entusiasmo por su posible recambio político. Rodríguez Zapatero y sus asesores eran muy conscientes de ello y de que necesitaban de los apoyos parlamentarios de Izquierda Unida, ICV y ERC para poder gobernar. De ahí que Zapatero iniciara su presidencia adoptando la medida que más le podía revestir de la legitimidad popular que no había conseguido con la campaña electoral y con su trayectoria como líder de la oposición (tampoco en relación con Iraq: en octubre de 2003, Rodríguez Zapatero afirmó que se sentía «cómodo» con la Resolución 1.511 del Consejo de Seguridad de la ONU, esto es, con una resolución que legalizaba la ocupación; sus reiteradas apelaciones posteriores a que la ONU se hiciera cargo de Iraq, no despejaban su ambigüedad de fondo). Esa medida fue la retirada de los 1.300 soldados

españoles. Esta decisión, a su vez, precipitó la vuelta a casa de las tropas de la República Dominicana y de Honduras (668 soldados sumando los dos contingentes) en plena insurrección del Ejército de Mahdi, la milicia chiita de Moqtada al Sadr. Empezó entonces a quedar claro ante el mundo que la llamada «Coalición» empezaba a tener grietas y fisuras de cierta importancia. Una conclusión que se vio confirmada más tarde cuando los gobiernos de Rumania, Hungría, Polonia, Holanda, Italia y Ucrania anunciaron que sus tropas (algo más de 7.000 soldados en total) volverían a casa durante el primer trimestre de 2005, después de las anunciadas elecciones del 30 de enero de 2005. Rodríguez Zapatero propuso además en Túnez, el 9 de septiembre, la retirada de todas las fuerzas ocupantes de Iraq, convirtiéndose así en el primer dirigente de la OTAN que hacía suya la petición hecha por los cientos de miles de manifestantes del 20 de marzo. Cabe lamentar que no lo repitiera más veces y en foros menos marginales, pero, en cualquier caso, con todo ello se comenzaba a dar satisfacción a una de las principales reivindicaciones del movimiento antiguerra.

Ahora bien, la decisión del nuevo gobierno tuvo una contrapartida que no se puede pasar por alto, a saber: el envío de tropas a Afganistán en una misión de la OTAN y a Haití en una misión llamada «humanitaria». Las dos decisiones se presentaron —y así fueron percibidas y aceptadas por muchas personas— como una contrapartida inexorable, como una compensación obligada para evitar, en la medida de lo posible, las iras del emperador. A eso hay que añadir la visita relámpago que le hizo Juan Carlos de Borbón a Bush muy poco después de ser reelegido. Según la prensa más afín al gobierno (El Periódico de Catalunya, 12-11-04), el viaje tenía la finalidad de hacer las paces con Bush y, al parecer, respondió a una iniciativa del propio rey que se limitó a comunicársela a Zapatero (y no al revés). Un dato muy revelador acerca de una de las funciones que cumple el rey en el ámbito de la política exterior y que, desde luego, no se corresponde con la imagen de rey «decorativo» que «no se mete en política» difundida por sus propagandistas. Juan Carlos de Borbón siempre ha sido un hombre de Washington y siempre ha utilizado el «poder simbólico» que detenta (ese que tácitamente le otorgan sus súbditos riéndole las gracias y callando sobre sus negocios) para impedir que España afloje las «estrechas» relaciones que mantiene con los Estados Unidos. Mando supremo de las FF AA (es decir el rey) y las bases americanas van en el mismo paquete.

Esa es toda la soberanía que España se pudo permitir tras una de las movilizaciones más importantes de su historia, y tras haber sufrido en propia carne los efectos de la enloquecida escalada bélica impulsada por el gobierno estadounidense.

Algunos problemas para Blair y Bush

La retirada de las tropas españolas y de otros países supuso una bofetada para Bush, en pleno año electoral. Pero, asimismo, fue un gesto que dio ánimos a todos los resistentes a la guerra. Fue, por ejemplo, un precedente que muchos ciudadanos británicos debieron tener en cuenta cuando fueron a votar en las elecciones municipales de junio. Esas elecciones supusieron una derrota espectacular para el partido laboralista de Tony Blair, el cual la atribuyó, con una sinceridad que le honra, a su apoyo a la invasión y ocupación de Iraq (El País, 12-6-04). Según la prensa, en ese momento Blair se planteó muy seriamente su dimisión (El País, 10-7-04).

La cuestión de Iraq y de la «guerra contra el terrorismo» fueron también los temas estrella de la campaña electoral norteamericana, sin que este hecho propiciara propuestas prácticas muy dispares entre los dos candidatos. En realidad fue casi como un milagro: horas y horas dedicadas a discutir sobre Iraq y sobre la «guerra contra el terrorismo» sin que en ningún momento afloraran divergencias de fondo entre Bush y Kerry respecto a lo que había que hacer en el inmediato futuro. Así, por ejemplo, ninguno de los dos propuso la retirada inmediata de las tropas de Iraq, ni el desmantelamiento de Guantánamo o la derogación de la llamada «ley patriótica», lo que dice mucho acerca de la verdadera naturaleza del sistema político de los Estados Unidos.

Todos los sistemas de elección política se pueden clasificar en buenos, muy buenos, mejores y perfectos respecto al objetivo de favorecer los intereses de las grandes empresas e impedir la influencia popular en la toma de decisiones políticas. En esa clasificación, al sistema político norteamericano le ha correspondido tradicionalmente la categoría de muy bueno, pero desde las elecciones de 2000 le corresponde ya la de perfecto. Tras el fraude planificado y masivo de las elecciones en Florida (muy bien explicado por Greg Palast en *La mejor democracia que se puede comprar con dinero*, Crítica, Barcelona, 2003) se puede afirmar con mucho fundamento empírico que son ya las grandes corporaciones —y no políticos presionados por ellas— las que directamente gobiernan el Estado más poderoso del mundo.

Para las empresas los individuos son consumidores, no ciudadanos. Por eso hay que motivarles apelando a sus pulsiones básicas, a sus deseos y a sus miedos, no a su razón. El problema de la obtención de legitimidad política se transforma entonces en un problema de marketing a resolver por los creativos de las empresas de publicidad. Claro que si de lo que estamos hablando, como es el caso, es de ganar unas elecciones para poder proseguir una guerra por la apropiación de los recursos escasos, cuando ya se atisba en el horizonte el final de la era del petróleo, esos creativos deben ser conscientes que ese problema no se puede resolver con una campaña publicitaria cualquiera, sino con una auténtica campaña de «guerra psicológica» organizada por expertos en la materia. Y eso es lo que se ha hecho: según la autorizada opinión de Samuel Gardiner,^[1] coronel estadounidense retirado de la Fuerza Aérea y profesor en el National War College, el Air War College y el Naval War College, la población norteamericana ha sido sometida durante los últimos años a una campaña de esa naturaleza ideada y llevada a la práctica por el Pentágono. Gardiner afirma, más en concreto, que el gobierno norteamericano ha destinado cerca de 200 millones de dólares para, entre otras cosas, hacer creer a la población estadounidense que Iraq había participado en la organización de los atentados del 11 de septiembre. Se trata de una acusación grave, pues comporta atribuir a determinados políticos y funcionarios la violación de una ley (la Ley Smith-Mundt, de 1948) que prohíbe expresamente hacer tal cosa. Aunque, bien pensado, esto tampoco debe quitar mucho el sueño a quienes han instituido tribunales militares «secretos», detenido sin motivo a miles de personas, invadido países y ordenado la práctica de torturas.

Es innegable, por otra parte, que la reelección de Bush ha provocado desmoralización y desmovilización entre los opositores a la guerra. No obstante, lo explicado más arriba sugiere de forma inmediata una pregunta que contiene una difusa esperanza: ¿habría ganado Bush la reelección si los estadounidenses hubieran sabido lo que sabemos nosotros sobre el 11-S?, ¿y si hubiesen visto las mismas imágenes que hemos visto nosotros sobre Iraq o Palestina? Son preguntas difíciles de contestar porque se refieren a

supuestos «contra-fácticos». Lo que sí se puede afirmar es que si todo el mundo en los EE UU hubiera votado sabiendo lo mismo que nosotros sabemos sobre el 11-S, Guantánamo, Afganistán, Iraq o Palestina, entonces la única conclusión a la que se podría llegar sería que los 59 millones de personas que optaron por Bush serían del mismo talante moral que la base electoral de Le Pen, Fini, Berlusconi, Haider, Putin, Mussolini o Hitler (cada cual que elija al que prefiera y táchese lo que no proceda). Ahora bien ¿y los 140 millones que no votaron por Bush? ¿cómo valorar en esas circunstancias su abstención o su voto por John Kerry que defendía casi lo mismo que Bush? A partir del resultado de las elecciones, no parece fácil en realidad hacerse una idea precisa acerca de las aspiraciones y los deseos de la mayoría de la población de los Estados Unidos y sobre cómo pueden evolucionar en el futuro.

Perspectivas y balance final

Más allá de esta oscura cuestión, lo que sí quedó claro enseguida es que Bush y sus colaboradores interpretaron los resultados de las elecciones como un cheque en blanco para continuar ordenando atrocidades en Iraq. La primera consecuencia de la victoria de Bush fue la matanza de más de 6.000 civiles en Falluja. Este hecho se intentó justificar apelando a la necesidad de garantizar la seguridad de las elecciones previstas para el 30 de enero de 2005, en las que los gobernantes yankees parecen haber depositado muchas esperanzas. Esas elecciones, sin embargo, nunca se podrán calificar de «libres» y «democráticas», pues se llevarán a cabo en un país ocupado militarmente. Se pueden convertir, por otra parte, en un factor desencadenante de enfrentamientos étnicos si a las mismas sólo se presentan partidos kurdos o chiíitas pero no sunitas. No resulta razonable esperar, por tanto, que las elecciones sirvan para pacificar Iraq. Con mucha probabilidad, ese país seguirá siendo después de las elecciones una fuente permanente de problemas para Bush y su gobierno de neoconservadores.

Lo que sí parece cierto es que la campaña electoral norteamericana provocó una división profunda entre los partidarios y los detractores de Bush. Esa división no ha disminuido tras su reelección. No cabe duda de que el movimiento antiguerra ha jugado un papel importante en la radicalización de esa división, pues ha contribuido a «deteriorar» la imagen internacional de los Estados Unidos, lo que siempre suscita preocupación entre sus élites dirigentes. Apostar por el mantenimiento de esa división interna, así como prestar una ayuda generosa y solidaria a los «amigos americanos» de la paz, deberían ser algunos de los grandes objetivos del movimiento para los próximos tiempos.

En cualquier caso, el 2004 será, para siempre, el año en que los resistentes a la guerra se apuntaron un par de tantos. La actividad de los movimientos sociales ha sido decisiva para que tal cosa llegara a suceder, para que hayamos podido contemplar lo que Bertold Brecht llamaba la duda «más hermosa» (en Elogio de la duda: «¡Pero la más hermosa de las dudas/ es cuando los débiles y desanimados alzan la cabeza/ y ya no creen/ en la fuerza de sus opresores!») Es la misma «duda» que la población de Iraq «expresa» y seguirá «expresando» de diversas maneras. Eso no garantiza, de todos modos, un final feliz para esta desgraciada historia.

[1] Ver su informe: «Truth from These Podia», 810-2003, (en www.usnews.com/usnews/politics/whispers/documents/truth.pdf).